



CONGREGATIO PRO CLERICIS

PRESENTACIÓN DEL SEÑOR

Citas

Mal 3,1-4:

www.clerus.org/bibliaclerusonline/es/9abscbc.htm

He 2,14-18:

www.clerus.org/bibliaclerusonline/es/9avva0b.htm

Lc 2,22-40:

www.clerus.org/bibliaclerusonline/es/9bcdhyb.htm

La luz en los ojos y la espada en el corazón: con estas dos imágenes se resume la fiesta litúrgica de hoy y, en realidad, el modo de vivir de quien cree en Jesucristo y lo sigue día tras día.

La luz es, ante todo, Jesús, el Señor, “luz para iluminar a los gentiles y gloria de de tu pueblo Israel”, como afirma el anciano Simeón en el templo. La luz es también el signo litúrgico de las velas encendidas, con las cuales se entra procesionalmente en la iglesia, antes de comenzar la Santa Misa de esta fiesta.

La espada en el corazón es, claramente, la que el mismo Simeón anuncia a María como su propio destino: la participación en la Pasión del Hijo, no de manera cruenta como el martirio de la crucifixión, pero sí en la incruenta y no menos dolorosa forma del martirio del alma.

Se ha dicho que el anuncio de Simeón es el segundo anuncio que recibió María, después del arcángel San Gabriel. En el primero le fue anunciado a la Virgen, Hija de Sión, su vocación a ser la Madre de Dios: fue un anuncio eminentemente alegre y sorprendente. El segundo anuncio a María, el del anciano profeta, se refiere al modo concreto en el que la Toda Santa deberá vivir esa inigualable vocación: a través del desgarrador doloroso de su Corazón Inmaculado.

De este modo, en María se manifiesta la permanente presencia de la alegría y del dolor. También en esto, Ella es la imagen más parecida a la perfección de Cristo: el Señor Jesús, en efecto, vino a ofrecerse en sacrificio de expiación por nosotros, los pecadores.

Su *kénosis* trae consigo el más indecible sufrimiento. No obstante, Jesús ha dicho: “Ahora mi alegría es plena” (Jn 3, 29). “Os he dicho estas cosas para que mi alegría esté en vosotros” (Jn 15, 11). “Ahora voy a ti (Padre) y digo estas cosas en el mundo, para que tengan mi alegría completa en sí mismos” (Jn 17, 13). La alegría de Jesús coincide con su Pasión: el Crucificado sonríe aun en el más cruel de los martirios, porque sabe que de sus sufrimientos proviene nuestra salvación.

María sigue a su Hijo por el camino de la cruz: no sufre en el cuerpo, como Él, pero vive el más duro padecimiento del alma. Es la *Virgo dolorosa*, tan bien representada con siete espadas que atraviesan su Corazón: siete, número que expresa la perfección, como perfecto fue su dolor.

De esta manera, María es también el ideal permanente de cada uno de nosotros. Vivir en serio el cristianismo implica siempre, en esta vida, tener que unir la alegría y el dolor, la luz y la cruz. En el corazón de los santos está siempre clavada la espada de la Pasión y, precisamente por ello, en sus ojos refulge siempre una inefable luz, inextinguible, viva, ardiente y serena: la luz de la fe, del amor a Cristo y a los hermanos. Esa llama permanece encendida porque está alimentada con el ardor del corazón, mantenido abierto por la espada del dolor que se ofrece por amor.